



**Catequesis de Cuaresma de
S.E.R. Cardenal Jaime Ortega Alamino, Arzobispo de La Habana**

**S.M.I. Catedral de La Habana,
20 de febrero de 2015.**

Primera catequesis: La presencia del pecado en nuestra vida.

Si hiciera una encuesta entre ustedes para que me dijeran ¿qué es el pecado? ¿qué respuesta tendré?

Y si preguntamos qué relación hay entre ustedes y el pecado, cada uno me responderá de modo muy diverso, desde “no sé” hasta “yo no tengo pecado”.

Pero yo debo decir, con todos los hombres y mujeres santos que han vivido a través de todos los siglos que: “todos somos pecadores”. Y esto es totalmente cierto.

Por tanto, debemos superar la ignorancia de ¿qué es el pecado? Porque hoy se habla poco del pecado, el hombre y la mujer de hoy viven siguiendo una conciencia muy poco exigente: se sabe que “el pecado” es algo malo, pero, sobre todo los más jóvenes piensan que es una idea creada por la sociedad en épocas pasadas, para controlar la vida de la gente, para reprimir a las personas y quitarles la libertad, diciendo que tal o cual cosa es mala o está mal hecha y llamándola pecado.

Hoy no se acepta la responsabilidad respecto a lo malo que puede estar en nuestras vidas. Ante esto se utilizan las palabras: error, fallo, equivocación, “locuras propias de la edad”, problema psíquico, nerviosismo, “son cosas que se hacen sin pensar”, “no me di cuenta...” pero nunca se menciona el pecado, porque esto implicaría cierta responsabilidad personal que no queremos aceptar.

Se obra con una falsa percepción: tenía que hacerlo, tenía que buscar mi felicidad, eso es malo para algunos, pero para otros no, eso era malo antes, pero ahora no. Todo el mundo lo hace. Tenía que hacerlo, porque yo no soy bobo, o no soy cobarde, o no voy a aguantar que me ofendan. Es la relativización de nuestra vida, el relativismo, “todo depende...” según las circunstancias y las costumbres, yo actúo. Ante ciertas dificultades ¿qué vanos a hacer?... actuar de ese modo.

Pero, ¿puede el cristiano actuar así, con desconocimiento teórico o práctico de qué es el pecado, tratando de excusarse siempre?

Vamos, pues, a comenzar diciendo ¿qué es el pecado?

- Desde un punto de vista psicológico las acciones de la persona que caen bajo el nombre de “pecado”, pueden ser consideradas por los mismos que realizan esas acciones en tres niveles fundamentales:
 - a) El nivel sensitivo.
 - b) El nivel moral.
 - c) El nivel religioso.

- En el nivel sensitivo una acción es mala o buena cuando produce un mal concreto en alguien o en alguna cosa. por ejemplo: ¡se rompió un jarrón! La intención de la persona no cuenta. A ese nivel la persona daña “alguna cosa”, no ha cumplido con “algo”. El elemento específico, propio de ese actuar es la pura materialidad (me encontré un par de zapatos muy buenos y me los llevé). Hoy se actúa mucho al nivel sensitivo.

- El nivel moral

El pecado: Es un acto humano libre de una persona contra la propia conciencia. Según este modo de concebir el pecado, hay un desplazamiento del acento del plano objetivo al subjetivo. No sólo es algo que hice, sino la intención con que lo hice. El elemento determinante no es la materialidad de la acción en sí misma, sino la intención que mueve el ánimo de actuar.

Cuando no se aprecia lo malo de una acción, es decir, no es percibida subjetivamente, no se capta la malicia de la acción, no se puede decir que haya culpa aunque haya materialmente la malicia de la acción. (Yo no tenía la intención de romper el jarrón).

Es distinto decir: cogí simplemente los zapatos porque me venían bien, a decir: cogí los zapatos porque me venían bien y estaban puestos en un latón de basura (aquí se ve que no tenía la intención de robar, pues los zapatos estaban abandonados, no hay pues malicia en la acción).

En este segundo aspecto es muy importante el papel de la conciencia en cada persona.

- Al nivel religioso el concepto de pecado está en relación con Dios, con la revelación que Dios ha hecho al hombre.

No es considerado en la pura materialidad del hecho (tomé los zapatos), tiene en cuenta la intención: estaban abandonados en la basura, pero además considero el hecho en relación con Dios.

Por lo tanto, no estoy ofendiendo a Dios, pues mi conciencia me dice que si estaban abandonados, al tomarlos no ofendo a Dios, no voy contra el mandamiento de no robar. Ahora, si mi conciencia me indica la maldad de una acción y mi intención es realizarla de todos modos, ya moralmente hay falta, pero si además conozco a Dios, el amor que me tiene Dios, habrá una infidelidad a ese amor. En el pecado el hombre rechaza el amor de Dios.

Y es en esta última perspectiva que puede ser examinada la naturaleza del pecado. El pecado no tiene su plena explicación si no vemos nuestras acciones en relación con Dios, la relación del hombre con Dios, cuya voluntad es rescatarnos de todo mal, porque nuestro destino es la íntima unión con Dios, y el pecado, que no es querido por Dios, es un obstáculo para nuestra unión con El.

Una justa valoración del pecado, de lo que es pecado, sólo es posible en esta perspectiva religiosa.

Ahora bien, en un mundo donde se ha borrado o desfigurado la fe en Dios, constatamos que si Dios está ausente y el pecado es ante todo una ofensa a Dios, por la que el hombre se levanta contra el amor que Dios le tiene y aparta de él su corazón, la noción de Pecado se enturbiará o se perderá: A ausencia de Dios-ausencia de pecado.

Esta manera de actuar de los que obran como si no tienen en cuenta a Dios lleva, por contagio con el mundo a que muchos cristianos, creyendo en Dios, actúen como si Dios no existiera. (“Ustedes están en el mundo pero no son del mundo”, cf. Jn 15, 19).

Y esta manera de actuar de muchos cristianos está también reforzada por la presentación de la doctrina católica de un modo tal, que se hizo difícil percibir la naturaleza íntima del

pecado, debido a una fuerte carga legalista que presentaba el pecado como un incumplimiento de la ley moral (y lo es de verdad), pero no se profundizaba suficientemente en lo que supone existencialmente el pecado para el hombre y para Dios. Esto ha sucedido porque la misma Doctrina sobre la ley moral tenía una inspiración demasiado jurídica: “Dios ha dado leyes para la vida de los hombres...”, “si yo quebranto esa ley cometo pecado...”.

Pero ya desde hace algún tiempo ante esa cultura actual que ignora el pecado y que se introduce entre los cristianos, se ha ido proponiendo una manera de considerar el pecado que supere las deficiencias del legalismo y se preocupa de la realidad del ser humano, de sus problemas, de sus ansias de felicidad, de cómo es Dios, en su amor al hombre, en su acercamiento al pecador, de cómo debe ser la moral fortificada por el amor que Dios nos tiene y por nuestro amor a Dios. Dios que nos ama no quiere que suframos el daño que nos hace el pecado. El pecado es un desorden en nuestra vida, se pierde la paz, la alegría. Por ejemplo, quien odia es esclavo del odio. Vivir así es vivir alejado de Dios. Se comienza “haciendo” y se termina “no creyendo”.

Lo primero que debemos hacer en cuanto al pecado es reconocer que somos pecadores.

Hay dos clases esenciales de pecado:

- El pecado individual o pecado personal y
- El pecado estructural.

El pecado personal es el que comete cada persona, individualmente considerada, el pecado estructural es la situación pecaminosa en que se encuentran las estructuras del mundo, el mundo está inficcionado por el pecado. El pecado lo penetra todo y la humanidad vive como sumergida en esas estructuras sociales dañadas por el pecado.

El pecado estructural afecta la vida familiar, la convivencia social. El modo de actuar pecaminoso: robos, engaño, negocios sucios, odios, venganzas, corrupción, idolatría del dinero, culto del cuerpo, pansexualismo. Todo esto comporta una mentalidad que arrastra al cristiano. Nosotros tenemos que vivir contracorriente.

El cristiano tiene que tener hoy una postura contracultural ante la falsa “cultura del pecado” para no colaborar con ella, para no cometer pecados personales.

Hace falta, pues, una lucidez frente a toda esta realidad personal y social.

En lo personal:

1. No banalizar nuestros comportamientos (“eso no tiene importancia...”).
2. No relativizar (“todo el mundo actúa así...”).
3. Conocer las raíces del pecado en mí mismo (mis problemas no resueltos, mis frustraciones, mis propias debilidades).

En lo estructural:

Conocer lo que en el ambiente me lleva al pecado.

En lo personal, sentirse, saberse pecador es una gracia que debemos pedir a Dios con humildad.

En lo estructural: no caigamos en la falsedad de sentirnos ajenos a esa humanidad contaminada por el pecado. No nos creamos ni sintamos al margen de ella o inmunes, “vacunados” contra esa realidad.

Esta lucidez sobre el pecado la potenciaremos por medio de estas catequesis. En lugar de partir de leyes que Dios ha dictado y que la Iglesia interpreta y presenta a sus fieles, partimos de lo que la Sagrada Escritura enseña, así como de la Tradición de la Iglesia, teniendo en cuenta una antropología actualizada.

La Biblia nos revelará el significado profundo del pecado en nuestras vidas, lo que Dios nos dice del pecado, lo que nos daña a cada uno de nosotros el pecado, la repercusión familiar y social del pecado.

Pero también la Biblia nos muestra el amor de Dios a nosotros, su misericordia, el perdón de Dios, lo que Dios hace para sacarnos del pecado, su plan de Salvación para con nosotros. Esto es lo que veremos en las catequesis de esta Cuaresma, si Dios quiere.

-Servicio de noticias-

Arzobispado de San Cristóbal de La Habana. 2010-2015©

Puede reproducir parcial o totalmente esta información, siempre que cite la fuente original